

# *Un hombre, mil negocios*, de Martín Rodrigo y Alharilla\*

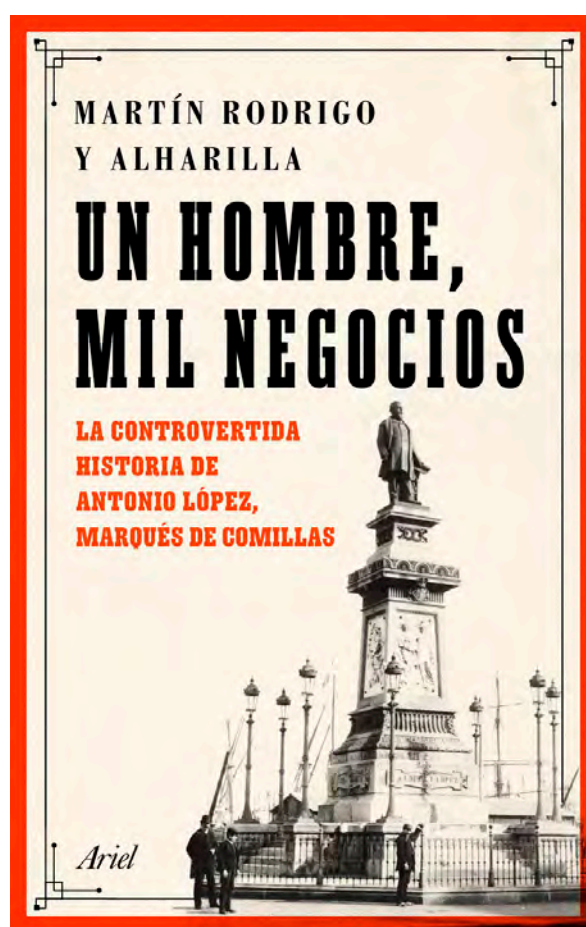
**Claudia Varella**

*Universidad Internacional de La Rioja/Grupo Historia Social Comparada*

Sin renunciar en ningún momento al criterio cronológico, el primer anclaje del libro es muy divulgativo porque se establece en los intersticios del pasado y el presente: el Ayuntamiento presidido por Ada Colau, en 2018, se hizo cargo de la avalancha de firmas de la sociedad civil contra una antigua plaza dedicada a Antonio López en Barcelona, conocida durante mucho tiempo como «la plaza del negrito». Se retiró la estatua del marqués en marzo de ese mismo año. La campaña impulsaba la iniciativa de un cambio de nombre: denominarla plaça de Idrissa Diallo, un guineano de 21 años que apareció muerto tras su encierro en un peligroso Centro de Internamiento de Extranjeros de la ciudad, la noche de Reyes del año 2012. Su muerte fue el detonante para la puesta en marcha del colectivo *Tanquem els CIES*. Formalmente la plaza no pasa a ser rebautizada hasta el reciente verano de 2021, habiéndose abierto o cerrado una herida en la memoria o en el olvido, según donde se posicione cada uno ideológicamente.

Es interesante el cierre reflexivo de Martín Rodrigo tras recorrer narrativamente los lugares donde se erigieron estatuas en honor de A. López: Comillas, Cádiz, Santander y Barcelona. Y lo es porque conecta

\* Reseña de: Martín Rodrigo y Alharilla, *Un hombre, mil negocios. La controvertida historia de Antonio López, Marqués de Comillas*, Barcelona, Ariel, 2021, 424 pp.



con una actualidad que sobrepasa los acontecimientos contemporáneos a la publicación de esta biografía: la facultad de olvidar la memoria de un proesclavista y negrero. La sociedad de A. López comerciaba esclavos que vendía desde Santiago de Cuba a otros puntos de la isla. Luego su naviera pasó a ser una sociedad anónima. Primer eslabón. La lectura permite encajar elementos de un

puzle que había quedado desdibujado en nuestro país. La trayectoria vital del biografiado y su expansión, aplaudida y apoyada por las fuerzas conservadoras, catalanas y no, muestra que los famosos *indianos* estaban del lado de la causa esclavista por lógico interés, y su riqueza tuvo, por tanto, ese origen. Resulta cínico que este se oculte. Por ello, esta lectura nos obliga a repensar nuestras actitudes de *memorialización* del pasado colonial. Ese es el motivo, a su vez, por el que este libro inevitablemente pedagógico de Martín Rodrigo, acompañado de completos apéndices documentales, debe ser conocido y reconocido, no solo por y para especialistas del mundo atlántico, sino por y para el público general, que continúa con los desafíos de la discriminación racial en particular y los procesos de racialización y sus implicaciones sociolaborales en general.

Al finalizar la biografía, el historiador Rodrigo cierra el círculo con la polémica del monumento en memoria de A. López en Barcelona, azuzada desde el inicio por el cuñado de este, Francisco Bru Lassús. Estamos ante una valiosa revisión de la evolución económica y social del personaje. Es una historia individual basada en el análisis de fuentes nuevas procedentes de una docena de importantes archivos, nacionales e internacionales.

En el siglo XIX Cuba fue, junto a Brasil, la colonia que más se valió del tráfico de esclavos para la explotación de productos tropicales. Si pudiéramos ponerle un complemento al título del libro, a *Un hombre, mil negocios* añadiríamos «y una explicación». Porque los ejes fundamentales de esta obra son la exposición de los consolidados conocimientos del autor sobre la figura de A. López, objeto de estudio ya en su Tesis doctoral, y la explicación pormenorizada y secuenciada de cómo López estuvo en el lugar adecuado en el momento

adecuado para acumular riqueza: en Cuba, cuando la isla era la principal productora mundial de azúcar. Le sitúa puntualmente en La Habana en 1838 y, al poco, dedicándose a la compraventa de esclavos, al menos desde 1846.

El ideario político de A. López funciona como un bajorrelieve a lo largo de la obra, cuyo hilo conductor, en realidad, son sus grandes hitos empresariales: la Compañía Trasatlántica, el Crédito Mercantil, el Banco Hispano Colonial y la Compañía General de Tabacos de Filipinas. A modo de epílogo, sí se incluye brevemente cómo el biografiado fue benefactor de la futura Universidad Pontificia Comillas, plenamente ligada a los jesuitas, y cuya Escuela Técnica Superior de Ingeniería (ICAI) está hoy, como indiscutible centro de poder, significativamente patrocinada por las grandes empresas eléctricas españolas.

Martín Rodrigo destripa respetuosamente la fortuna de A. López, quien lejos de estar incontaminado, no habría amasado tal cantidad de bienes sin el gran éxito que le supuso el ascensor socioeconómico de Cuba, impensable sin la esclavitud. El negocio esclavista se convierte así en la pieza crucial de la ecuación. Ese fue su punto de partida para devenir el hombre más rico de Cataluña a finales del siglo XIX. El historiador explora la experiencia del hombre de negocios como esclavista y las profundas conexiones entre esclavitud, tráfico de africanos, relaciones coloniales, círculos elitistas, poder, influencia, crédito y comercio mundial, lo que brinda una lectura de comprensión de fenómenos muy complejos e incómodos para el genograma de algunas de nuestras instituciones.

Está cuidadosamente trazado el modo en el que el sujeto protagónico en cuestión, su hermano Claudio y demás socios, fueron catalizadores de ambientes mercantiles e industriales. En el flujo capitalista del siglo

XIX hubo burgueses que solicitaban y recibían ideas para el progreso económico; actuaron intercambiando productos con los que competir en un mercado libre. Fue un proceso de rápida expansión. Con sus iniciativas empresariales buscaban el máximo rendimiento. La información se transmitía eficazmente por barco, en las cartas o los partes telegráficos. En estos espacios se delineaban las oscilaciones de precios, cotizaciones, preferencias, posibilidades y noticias, las dudas y los pronósticos económicos... Había incentivos positivos que motivaban a todos los agentes auxiliares de la trata de esclavos, aun permaneciendo en el lado socialmente presentable del sistema esclavista (prohibido el tráfico transatlántico de africanos de forma plena en 1820). Muchas empresas capitalistas del momento actuaron en connivencia con la esclavitud.

Los detalles de los negocios de unos y otros son generosamente detallados: está ubicado cada nombre y apellido significativos que se cruzó por la vida de A. López, con quién se casaba, su *modus vivendi*... El autor permite que el lector ate cabos y recapitula solo cuando hay que recapitular, para ayudar, sin excesos, a procesar bien la información, que no deja de lado los relatos familiares y las crónicas de la época, los cuales ofrecen un contraste frente al análisis y la síntesis. Esto permite observar también al Marqués de Comillas con los ojos de cómo le percibieron sus simpatizantes coetáneos, siendo visto como ese acaudalado líder que emprendió múltiples iniciativas, incluida su incursión en el mundo ferroviario y la minería de carbón, además de su alta posición en la banca y el mercado inmobiliario.

Las notas personales vertidas por Rodrigo son estrictamente las justas: hasta el fallecimiento del protagonista, se recoge principalmente cómo le afectó la muerte de su primer hijo varón, sobre quien había de-

positado tantas expectativas. Hay también alguna evocación de alguna carta íntima a su esposa, pero no se abunda en la subjetividad del personaje. Son demasiadas las vivencias para ser sostenidas en el espacio de un libro. Por ello, quizás, para ilustrar sus buenas relaciones personales con Alfonso XII, da la impresión de que faltan páginas, solo porque al lector le gustaría leer muchas más. Dispara con elegancia el historiador contra el ennoblecido monárquico en ocasiones muy contadas, de ahí el impacto, como cuando al aludir a la guerra de Cuba, afirma ciertamente que, para A. López, esta fue una «verdadera fuente de ganancias. Y todo bajo un ropaje pretendidamente patriótico» (p. 220).

López era un españolista conservador, defensor de la integridad de Cuba y contrario a cualquier tipo de reformas en las Antillas. Murió teniendo esclavas en propiedad, aunque estuvieran al otro lado del Atlántico. La burguesía catalana con quien se emparentó, defensora del *statu quo* colonial, estaba muy vinculada a Madrid, y fue allí, de hecho, donde se fraguó la sociedad matriz A. López y Cía., la gran naviera privada, compuesta por dos casas de comercio en Santiago de Cuba, una delegación en Barcelona y otra en Alicante. Desde Alicante, el puerto que estaba entonces mejor comunicado con Madrid, saldría la primera línea regular de vapores.

Precisamente era común en la época la expresión «escribir por todos los vapores», para asegurarse de que lo que redactaban era leído. Las cartas se enviaban por duplicado, y a veces por triplicado e incluso cuadruplicado. Se presentaban o recomendaban unos a otros. Se dicen amigos y se reconocen comerciantes. Corresponderse o dispensarse confianza mutua era importante. Entre socios se aconsejaban: si ha habido continuas aguas, habrá poca azúcar; compra ahora a segundos, a terceros; ven-

de, no vendas... etc. Se pactaban contratas entre comerciantes, especuladores y hacendados. Las contratas se hacían con mucho adelanto. Todos buscaban su parte de comisión y su garantía en cada desembolso realizado. Su comportamiento era esencialmente el de brókers. Eran muy conscientes de que la información influía en los mercados y la necesitaban para su propia supervivencia como negociantes.

Dando un lugar privilegiado a la explicación material de una clase social, la narración tiene como arco las aventuras empresariales de López, las que triunfaron y las que no, como fue el caso de La Mallorquina de Seguros Marítimos, una aseguradora que López fundó en 1857 en Barcelona y que no llegó a arrancar. La Cataluña burguesa e industrial se vislumbra a la perfección desde el análisis de la participación del marqués y grande de España en diferentes proyectos y actividades empresariales. Este estudio sobrio y riguroso también nos ofrece una interpretación del final de la sociedad colonial cubana.

Antes de los títulos cosechados, López emprende, derivada del negocio colonial, otra aventura llamada Banco Hispano Colonial, cuyos límites se confundieron con los del Estado español, enriqueciendo a sus accionistas (mediante la gestión del préstamo al gobierno por la guerra contra el independentismo en Cuba). Esta primera pieza para el primer *holding* del país se fundó en Barcelona y estuvo repleta de indios ideológicamente nacionalistas españoles. El gran salto se dio contratando negocios con el Estado durante la guerra de África (1859-1860). La colaboración de López se materializó con vapores mercantes para los menesteres militares, antesala clave para luego ocuparse en 1878 de llevar la correspondencia estatal desde Cádiz a las Antillas.

La familia de López no se emparenta con los Güell hasta 1871, precisamente, cuando se produce el matrimonio de su primogénita Isabel con el que será primer conde Güell, Eusebio Güell (p. 187). Tanto el padre de este, Juan Güell, como A. López, estarán a la cabeza del Círculo Hispano ultramarino de Barcelona, un núcleo clave en defensa de la españolidad de la colonia de Cuba.

Como detalles concretos y elocuentes, se apunta no solo la importancia de las fincas de recreo para la burguesía catalana de la época como modo de vida, sino el protagonismo de viviendas emblemáticas como sus residencias. Por ejemplo, el Palau Moja: ahí instaló el marqués la suya en 1871 con su familia, la que construyó con su mujer, Luisa Bru Lassús, la hija de su casero, quien le había alquilado cuando todavía era un don nadie un baratillo en Santiago de Cuba.

Este libro es también una historia de vida bien vinculada al contexto histórico, a la manera de Ferrarotti (1994). Gracias a esta aproximación cualitativa repleta de, e intercalada por, datos cuantitativos, se pueden conocer a fondo los inicios del cántabro y futuro especulador, y comprender su gran carrera empresarial desde sus primeros días en aquel Santiago de Cuba.

En definitiva, Martín Rodrigo señala con claridad el papel que desempeñaron las expediciones negreras desde las costas de África en los intereses de un actor colectivo, la burguesía, porque fundamentalmente aquellas favorecieron la obtención de grandes beneficios en cortos períodos de tiempo. A. López se dedicó al tráfico ilegal de africanos esclavizados, una empresa muy lucrativa. No se trata de que se enfoquen sus claroscuros, sino de que se vaya desplegando el desarrollo de sus negocios y se contextualicen desde el análisis. Eso es lo que hace el autor a partir de una excelente investigación.